



OJEDA, J. (Agosto, 2020) Todos somos enseñantes, todos somos aprendientes. Quehacer Educativo. FUM-TEP. Disponible en <https://www.fumtep.edu.uy/>

Todos somos enseñantes, todos somos aprendientes

Jairo Ojeda

Compositor, pedagogo, diseñador. Cali, Colombia.

Así como un individuo no puede sacar adelante una idea, un proyecto, un sueño sin ayuda de otras personas e instituciones, así mismo, y más sensiblemente, un niño, una niña, no pueden asumirse como tales, quiero decir vivir como deben vivir su infancia y niñez a plenitud, en confianza con los seres que les rodean y demás congéneres. Sin ayuda adecuada de los adultos, padres y maestros se afecta significativamente su desarrollo, y toda su perspectiva social-ciudadana se resquebraja. Desde esta tragedia en singular todo será más difícil si pretendemos construir una sociedad en democracia.

A todos los niños debemos considerarlos nuestros niños, a todos, sin excepción, es nuestro deber moral, estético-político protegerlos, cuidarlos de todo aquello que afecte su crecimiento en armonía consigo mismos, con los demás y con el planeta.

Apreciados maestros uruguayos, mis agradecimientos por permitirme dar a conocer una síntesis de mi escrito sobre el cantar y la canción para niños, centrado en mis vivencias con niños y maestros de las escuelas públicas de las áreas rurales y territorios indígenas de mi país Colombia. Su título: “La canción para niños, un maravilloso pretexto de comunicación”.

Este acercamiento lo motiva un sencillo oficio que he cultivado por muchos años: soy cantautor de canciones para niños de cero a cien años en mi país Colombia. Descubrir la alegría y la fascinación de los niños cuando escuchan y cantan canciones que les hablan de sus cosas, significó para mí el fundamento de mi compromiso. Las palabras en-cantadas en sencillos versos dentro de una secuencia narrativa, rítmico-melódica cautivan y prenden la chispa de conversaciones interminables.

Cantarle a la gente fue para mí un descubrimiento, una renovada aventura conversacional, disfrutar con ellos esa participación espontánea, la chispa y el placer de abrir la boca para acariciar con las

palabras, la lúdica ironía de sus textos por lo que no dudé en que podía ser una divertida estrategia para ayudar a enriquecer lingüísticamente a los niños. Esta afirmación no nace al azar, fui alumno de la escuela tradicional allá en mi pueblo y luego trabajé como maestro del área de primaria en un colegio privado en la capital del país. Debo contarles que para ese tiempo no había conocido una sola canción infantil; en mi niñez le cantábamos al “niño-dios” por la época de navidad, pero esos villancicos solo eran para ese niño divino y celestial y nosotros éramos niños de carne y hueso, pecadores, juguetones y mentirosos, eso nos lo decían las viejitas rezanderas. Parece increíble pero en mi país, en pleno siglo XXI, millones de niños no conocen la canción infantil, obviamente tampoco los maestros. Y para mí fue en la circunstancia de asumirme maestro que descubrí el genuino poder de las palabras encantadas como herramienta para comunicar, percibir y expresar el mundo; en ella me apoyé para enriquecer mi comunicación con esos niños. Hoy puedo calificar que “ese descubrimiento” fue en realidad un reencuentro con mi niñez y mis días de escolaridad; si bien estos niños eran “hijos de la gran ciudad” de familias que podían costearles gastos como el transporte que cada día los acercaba al colegio, mi identidad con ellos se dio al encontrarme con las mismas dificultades expresivo-comunicativas, sus deficientes lecturas y escrituras, las mismas que viví con mis compañeritos de aula allá en mi pueblito sureño. En esa escuela, todos mis amigos provenían de familias campesinas o de obreros todo-oficio y jornaleros. Recuerdo que nuestras conversaciones eran sobre lo que vivíamos en el monte, en los charcos de las quebradas, y las palabras florecían ricas en sucesos, asombros, miedos y alegrías, pero en el aula, esas cosas no tenían cabida, la voz que resonaba en el salón ni siquiera era la del maestro, todo giraba alrededor de una cartilla: “el pato no tiene pelo, piano, peineta, pie”, y nosotros no conocíamos los patos ni los pianos.

En mi escrito escribí que la elección de las palabras en la canción para niños es todo un reto, pues precisa reconocer que la infancia y la niñez son el fundamento de un desarrollo deseable para cada individuo. Dicho desarrollo está imbricado en la poderosa influencia del entorno familiar-cultural tipificado en las interacciones cotidianas y un lenguaje que finalmente define y orienta todas esas acciones y prácticas sociales.

En mis innumerables vivencias compartidas desde el cantar y hacer canciones con niños, maestros y padres, de casi todo el territorio nacional y durante más de treinta años, pude constatar que en la pobreza expresivo-comunicativa de los niños, su dificultad para asimilar la progresión escolar está presente la ausencia o carencia de un lenguaje que les permita comprender la importancia de aprender lo que se les enseña, entender el lenguaje escolar y poder expresar lo que piensan y saben en su propio lenguaje; y para todo eso se precisa poseer un lenguaje apropiado. La Fundación ACCES (Acciones Culturales Contra las Exclusiones y las Segregaciones), con sede en París, sostiene que el fracaso escolar y la marginalidad social que resulta de este no son simples “fatalidades del destino” ni “anormalidades genéticas”, sino producto de las carencias tanto cualitativas como cuantitativas de las expresiones del lenguaje en el

ambiente que rodea a los niños en sus primeros años de vida. Si aceptamos estos planteamientos, podríamos comprender que las dificultades que presentan los niños para asimilar la progresión escolar tienen su principal obstáculo en el lenguaje.

La pobreza expresivo-comunicativa podemos evidenciarla en la manera desatenta en que utilizamos las palabras para comunicar nuestras ideas, nombrar las cosas, percibir y expresar nuestro mundo. Esta pobreza lingüística no cae del cielo, tiene historia y personajes, es impartida, promovida y mantenida desde las esferas del poder. La estratificación social, por ejemplo, es una forma de categorizar y clasificar a las personas en grados de calidad, como los huevos: ciudadanos AAA-B-C-D-E-de ahí para abajo, y eso determina su participación y su acceso a las oportunidades económico-sociales. En realidad es una odiosa estrategia política aplicada desde la colonia que detalladamente nos cuenta por qué nos pasa lo que nos pasa (en este caso, mi país), donde el atraso y la violencia han echado raíces como si fueran maleza desde la época de la colonia; y la maleza, quiero decir la estratificación social, sirve para eso: para aislar, ocultar, negar, tergiversar la historia de los pueblos, desorientar y entretener, aplazar sueños, esperanzas y posibilidades de cambio; afecta en especial nuestra imaginación de un mundo posible y más amable para todos, y ahí está un lenguaje que justifica todo eso.

Aterrizando estas inquietudes, la propuesta pedagógico-educativa de la mayoría de las escuelas públicas, y en especial de las áreas rurales indígenas, campesinas y de barrios populares, tiene serias deficiencias evidenciadas en la relación entre la enseñanza y el aprendizaje. Aun así, en nuestra realidad social, la humilde escuela pública es una especie de balsa de rescate ya que, de alguna manera, nos preserva del naufragio total.

Conforme a estas consideraciones no basta la contundencia de un currículo, sus contenidos acordes con las exigencias académicas. La cuestión no es competir por las “pírricas” oportunidades de sobresalir cuando de antemano sabemos la establecida desigualdad de condiciones. Entonces, ¿qué hacer?, ¿seguir ignorando la condición subjetivo-emocional de la enseñanza y del aprendizaje?, ¿seguir desconociendo que nuestras escuelas no mantienen la actitud para reconocer y afianzar la singularidad de los niños?, ¿lo que pasa en la infancia y la niñez de nuestros alumnos?

De manera prototípica voy a tomar el “fracaso escolar” como punto de inflexión donde se hace evidente la violencia de la marginalidad y la exclusión social, y el lenguaje asume su rol como factor de discriminación, siendo a la vez oportunidad de transformación y superación de cambios actitudinales, conductuales y cognitivos. El fracaso escolar causa frustración y dolor en los niños y jóvenes, disminuye su autoestima, sus deseos de aprender, y esto afecta significativamente sus posibilidades de ingresar en la dinámica social, cultural y productiva. ¿Y dónde reside la causa del fracaso escolar? Indudablemente podemos consolarnos con muchas explicaciones: inadecuada preparación de los maestros, los bajos salarios, carencia de materiales didácticos, la indolencia de los gobiernos que no ven la

educación como un factor fundamental del desarrollo, etcétera. De mi parte quiero centrarme en la condición subjetivo-emocional imbricada en la naturaleza de la educación, asumida esencialmente como circunstancia de comunicación, un permanente encuentro y desencuentro de personalidades, choques de “versiones” y saludables controversias muy propias en la construcción de los saberes. Por consiguiente, la circunstancia de la enseñanza y del aprendizaje no es un asunto que se resuelve solo en el aula, de un enseñante único que todo lo sabe; tiene lugar en cualquier momento, en cualquier lugar en que aparece ese siempre renovado proceso de “descubrimiento del mundo”, siempre en singular y en la producción dialogada de saberes. Esta condición socio-genética de la educación desafortunadamente tiene su principal dificultad en la historia de nuestro país: el lastre de la violencia social como herencia continuada desde la colonia. ¿Cómo ignorar los efectos de la crónica y anacrónica violencia que vivimos y que se ha ensañado cruelmente con la población campesina, indígena, sindical, líderes sociales y dirigencia política opositora que reclama justicia social? Estas circunstancias están presentes en nuestro imaginario de país. Es causa de incertidumbre de “qué futuro nos depara este presente de evidente desorden social, corrupción e impunidad, que trastoca nuestros sueños, desplaza nuestras energías a la clandestina tarea de preservar la vida y a la sobrevivencia económica.

La intención y el propósito

Al identificar el lenguaje como uno de los medios más importantes que permite evidenciarnos como sujetos pensantes, que mejora nuestra percepción del entorno, y que además nos permite orientarnos y organizar nuestras acciones desde los primeros años, tomé la decisión de promoverlo y difundirlo a través de sencillas estrategias pedagógicas y lúdicas como pueden los recitales-talleres, las canciones para niños de cero a cien años y la implementación de la imprenta manual en el aula. Todas estas producciones apuntan al enriquecimiento lingüístico de los niños como fundamento de su desarrollo cognitivo.

Siempre he sentido la preocupación por el continuado fracaso escolar de los niños y jóvenes; todos ellos sueñan y tienen planes para un futuro que consideran asegurado porque van a terminar su nivel de estudios básicos. Yo los escucho, pero al mirar sus escritos y conversar, ya sé de antemano que les será muy difícil realizarlos. A mi modo de ver, dicho fracaso se inicia en los primeros días cuando hacen su entrada al jardín o a la escuela, en ese desencuentro con las exigencias de una enseñanza sin aprendizajes reales dado que, en su gran mayoría, los niños llegan con deficiencias de organización del espacio y del tiempo, con dificultades de modos de pensar abstracto, problemas socio-afectivos, de relación con los demás y de interacción social, y la escuela por su parte les ofrece la enseñanza de un sinnúmero de nociones sin ninguna relación con su vida. Con una didáctica basada en la transmisión verbal de nociones repartidas en materias que de hecho bloquean su participación espontánea, creativa y conversacional.

Desde estas apreciaciones básicas y muy comunes, ¿será posible aceptar que una sencilla canción que de alguna forma le habla de sus

cosas pueda despertar el ánimo de admitirla en su vida, en su historia en singular?, ¿ayudarle a identificarse con otros modos de sentir y expresar, ampliando de ese modo su percepción de sí mismo y del mundo? Este delicado proceso de “desarrollo lingüístico” se manifiesta y se aprende principalmente en esas interacciones conversacionales y lúdicas, cuando ellos desprevenidamente toman partido, se identifican con una causa o un personaje de la historia en- cantada; entonces quieren ser escuchados, quieren participar, cantar y contar, desean ser tenidos en cuenta. Soy un convencido de que la canción para niños asumida con la intención de comunicar y acompañar con palabras que nos hermanan con la vida es de gran ayuda en el plano emocional y afectivo, genera confianza y un mejor acercamiento entre enseñantes y aprendientes, es un evento de benéfica influencia en su proceso cognitivo y conductual. Estas aseveraciones pueden tener mejor aceptación si nos preguntamos: ¿Qué lenguaje escuchan los niños en la casa, la calle, a través de los medios de entretenimiento? ¿Qué canciones escuchan? ¿Que podríamos concluir si además aceptamos la estrecha relación entre pensamiento y lenguaje?

Estas son algunas reflexiones que me llevan a enmarcar el cantar para los niños en el contexto de la comunicación, como una circunstancia especial de comunicación, un texto que hace presencia amorosa y respetuosa en la vida de los niños y que puede nacer de la cotidiana interacción social, cultural e histórica, ya que la canción es sencillamente una de las formas que asume el lenguaje como fenómeno de la comunicación.

Así, poco a poco fui descubriendo que las canciones para niños de cero a cien años (para no dejar por fuera a los ex niños) son una divertida, estética y lúdica forma de acercarnos para conversar sobre nuestras cosas, contarlas, configurarlas y ensoñarlas, hacerle rotos a una mezquina realidad que nos lleva y nos trae los días como barquitos de papel, y nosotros dando vueltas según les conviene a los tradicionales dueños del país que controlan y deciden lo que debemos pensar y hacer. El juego que propongo es que con las mismas palabras que nos amarran la imaginación vayamos a elaborar nuevas relaciones de nuestra cotidianidad. Se trata de un juego fantasioso que permite asumirnos como seres de autonomía y de autoría, convocar a la manera de poderosos hechiceros a duendes brujas, cocodrilos, lunas y lluvia, los días pintarlos de azul, rojo, amarillo, de arco iris, todos personajes con los cuales podemos jugar, encontrar distintas relaciones en una apropiación creativa y sensiblemente distinta; apropiación que nos involucra totalmente porque nosotros somos esos personajes actuando en situaciones diferentes e inesperadas relaciones que pueden llegar a ser conflictivas donde no es fácil superar sus enredos y malentendidos y, por lo tanto, la única salida posible es negociar. ¿Así no es la vida?

Con mucho afecto y alegría. Desde Cali, Colombia.
Viernes 21 de agosto 2020.